

PiNOCHO

AÑO VII
NUM. 350

25cts

1 NOVIEMBRE
1931



- PERO ¿COMO QUIERES SER ORADOR SI NO SABES CASI HABLAR
EN CASTELLANO?
- ESO NO IMPORTA, DON TURU, DEMÓSTENES TAMPOCO SABÍA EL
CASTELLANO Y FUÉ UN MODELO DE ORADORES.

GRAN CONCURSO

DE

CUENTOS INFANTILES

PINOCHO abre un CONCURSO DE CUENTOS INFANTILES entre todos los pinochistas que se cerrará el día 31 de Diciembre de 1931, con arreglo a las siguientes

B A S E S

- 1.^a Los cuentos habrán de ser rigurosamente originales e inéditos y tendrán una extensión equivalente a uno de los CUENTOS DE CALLEJA que se publican en esta revista. Habrán de tener carácter exclusivamente infantil y ajustarse en su fondo y forma a las normas de moralidad y buen gusto. Podrán enviarse con o sin ilustraciones.
- 2.^a Cada cuento que se envíe al Concurso deberá acompañarse de 20 cupones de los especiales que se publicarán para este Concurso.
- 3.^a El fallo del Concurso se dará a conocer en el mes de Febrero de 1932.
- 4.^a El jurado lo formarán Magda Donato, Salvador Bartolozzi, Rafael de Penagos, José Zamora, Enrique Castillo y Federico Galindo.
- 5.^a Se adjudicarán 20 premios consistentes en lotes de preciosos libros de cuentos de la "Editorial Saturnino Calleja S. A." por un valor total de más de

1.000 PESETAS

Habrán dos primeros premios, dos segundos, dos terceros, dos cuartos y dos quintos.

Además se concederán otros 20 accésits con otros tantos lotes de premios

El detalle de todos los lotes se dará a conocer en el n.º 348 de PINOCHO

- 6.^a Todos los cuentos premiados (incluidos los accésits) se publicarán en PINOCHO con ilustraciones, bien de sus propios autores, bien de la redacción de la revista.
En la cabecera de cada cuento se publicará el retrato de su autor a cuyo efecto los que resulten premiados deberán enviar su fotografía.
- 7.^a La publicación de estos trabajos se hará sin que la redacción de PINOCHO haya de satisfacer por ello ningún pago.
- 8.^a Los trabajos que se envíen para este Concurso deberán cursarse en sobre cerrado, debidamente franqueado y dirigidos en esta forma:

Para el Concurso de Cuentos Infantiles de PINOCHO

Calle de Valeneia, núm. 28. -- MADRID

Ayuntamiento de Madrid



La manera más sencilla de hacer un sifón

Y también debiéramos agregar, la más económica.

Pero no creáis, queridos pinochistas, que este sifón tiene nada que ver con esos que se venden en el comercio y a los que basta apretar una palanca para que salga el líquido contenido. Esas botellas a las que vulgarmente se las llama sifones no son, en realidad, tales sifones.

La ley física que regula el funcionamiento del sifón no es la misma que la que hace salir el líquido por el caño de una de

esas botellas de agua de seltz, llamadas sifones.

Vamos, pues, a lo que en Física se llama sifón, y que es lo representado en el dibujo que figura en estas líneas.

Coloquemos dos vasos, uno, lleno de agua, a mayor altura que otro vacío. Introduzcamos en el lleno hasta su fondo, un tubo de goma, cuanto más estrecho, mejor. Succionemos por el extremo libre del tubo hasta que no tememos que el agua llega a nuestros labios; entonces se oprime esta salida del tubo con dos dedos y se introduce en el vaso vacío. Tan pronto soltemos la presión de los dedos, saldrá el líquido e irá pasando del vaso lleno al vacío, que, claro está, dejará de estar vacío en cuanto entre en él el agua del lleno.

Un ejemplo de la aplicación práctica de este curioso fenómeno lo podréis ver en los almacenes de vinos, donde, gracias a la sencillez del procedimiento, pasan el contenido de los barriles llenos a otros envases vacíos.

¿Y por qué ocurre esto? preguntarán muchos. Bien fácil es la contestación. Al succionar por el tubo de goma lo llenamos de agua y este agua está en comunicación con la del vaso superior, sobre la que gravita la presión atmosférica. Esta presión, que no es más que el peso del aire, empuja el agua haciendo salir por el tubo todo el líquido que llega hasta la entrada del conducto de goma.

Si hacéis el experimento, cosa que como veis es extraordinariamente sencilla, pasaréis un rato entretenido, a la vez que pondréis en práctica un curioso fenómeno de Física.

Las cosas que pueden hacerse con cerillas

En un concurso organizado por una revista americana, y que consistía en la fabricación de objetos con cerillas exclusivamente, se han presentado los más diversos y curiosísimos modelos.

En la fotografía que aparece en estas columnas pueden admirarse algunos de ellos.

El violín que la joven tiene en sus manos obtuvo el primer premio. Su autor ha invertido en el minucioso trabajo un mes y ha necesitado más de diez

mil cerillas. Es un instrumento hecho a la perfección y tiene un sonido muy dulce. Sus dimensiones son las mismas que las de un violín verdadero.

El alta voz que se ve sobre la mesa obtuvo el premio segundo. Mide una altura de sesenta centímetros y su pabellón tiene un diámetro de veinticinco centímetros. Ha sido construido por un muchacho de 17 años y ha necesitado más de veinte mil cerillas. Está equipado con su instalación electromagnética (claro que ésta no es de cerillas) y da unas audiciones muy sonoras y agradables.

Véase también en la fotografía una guitarra, una iglesia y aunque en la fotografía no se ven concurren también un auto, una torre Eiffel, un barco, campanarios, animales, etc., etc.

Arañas que hacen sonido bajo la tierra

No todas las arañas construyen su vivienda entre las ramas y hojas de las plantas o en los rincones de las viviendas abandonadas.

Hay arañas que profundizan la tierra, y hacen largas galerías para establecer su vivienda en el fondo de ellas. Galerías revestidas de seda y frecuentemente cerradas con trampas provistas de verdaderas bisagras.

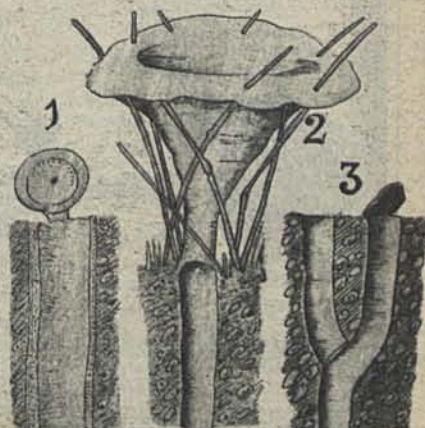
Estas arañas son generalmente animales feroces que se hacen la guerra entre ellas mismas. Alcanzan hasta una longitud de ocho centímetros y cuando extienden las patas robustas y velludas cubren una superficie de casi veinte centímetros de diámetro. Viven en las regiones más cálidas del globo.

En estas columnas veréis tres tipos de nidos. El primero tiene a su entrada una trampa a modo de válvula que se cierra en cuanto algún insecto extraño pasa por debajo de ella.

La número 2 tiene protegida su entrada con un

embudo de tela de araña en el que quedan apriñonadas moscas, mariposas y en general todos los animalitos pequeños que cometen la imprudencia de tocar sus paredes.

La número 3 tiene dos conductos de entrada y tanto el uno como el otro están provistos de sus respectivas válvulas-trampa.





SIEMPRE ESTÁ DON EPICETO METIDO EN ALGÚN APRIETO.



YO ME DESPEITO POR LAS PLUMAS
DE AVESTRUZ. EL HOMBRE QUE
ME TRAIGA UNA PLUMA AUTÉN-
TICA DE AVESTRUZ SERÁ EL ELEGIDO DE MI CORAZÓN



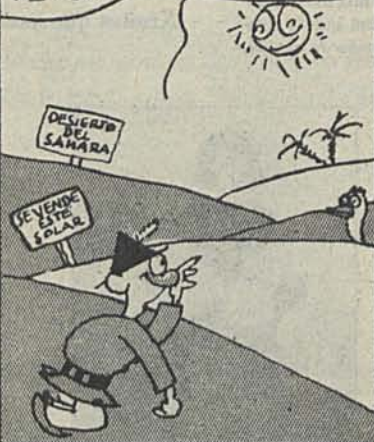
UN BILLETE DE TERCERA CLASE
PARA EL DESIERTO DEL SAHARA



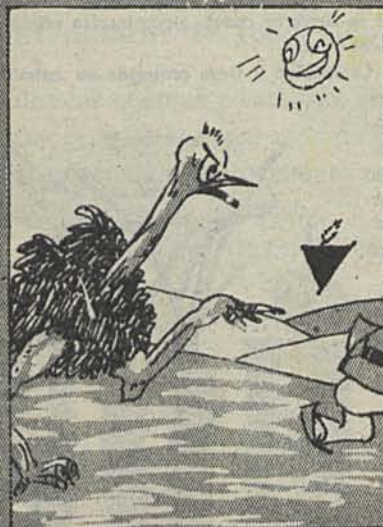
¡YO SERÉ EL ELEGIDO DEL CORA-
ZÓN DE DOÑA SAXOFÓN!
¡QUÉ EMOCIÓN!



ALLÍ VED UN AVESTRUZ. LE VOY
A HACER SEÑAS PARA QUE
VENGA



¡JUJUY! ¡VAYA PLUMA!
¡SE VA A VOLVER LO-
QUITA DE REMATE DO-
ÑA SAXOFÓN!



SI DOÑA SAXOFÓN QUIERE PLUMAS
QUESE LAS COMPRE EN UN BAZAR.
NO TENGO YO GANAS DE QUEDARME
SIN SOMBRERITO



parecía inquietar mucho. Al contrario, según su precipitada carrera desplegando su inmensa columna, dispuesta en cinco anchas filas separadas como veinte metros unas de otras.

Después de recorrer algunos kilómetros, John distinguió al inglés montado en su pura sangre y cargado audazmente junto a los bisontes.

—Ése hombre está rematadamente loco!— dijo riendo: ¡Veremos si quiere seguirnos!

—Devolvedle la carabina, y dejémosle que se las entienda con los rumiantes— dijo Harris—. Y si no sabe defenderse, peor para él.

Hicieron redoblar la carrera a sus caballos y llegaron cerca del original inglés, el cual, no teniendo mas armas que un cuchillo de caza, desahogaba su estúpido furor insultando y desafiando a grandes gritos a los bisontes, demasiado preocupados en huir de un peligro mayor.

Al ver llegar a los jinetes, la cólera del inglés se hizo rabiosa.

—¡Vosotros ser bandidos, miserables, dignos de la cuerda de Calcraft! ¡Ah, ladrones, yo os conduciré ante mi consuli! ¡Dadme la carabina! ¡Yo no poder curar mi spleen sin matar bisontes!

—¡Calmaos, millord!— dijo John—. Vuestras ofensas no hacen efecto en nosotros; pero os advierto que los cazadores de la pradera tenemos poca paciencia y somos muy propensos a perderla.

—¡Perderla! ¡Yo tener punos! ¡Devolver mi carabina, o apelaré a mi consuli!

—Esta algo lejos, millord.

—¡No importa; mi Gobierno proteger a sus súbditos, aunque sea en el centro de Australial!

— 36 —

le recogeremos. Sé dónde está. ¡Y ahora, andandol! Lo urgente es salir de esta trampa, que de un momento a otro puede sernos funesta.

—¡A escape!— añadió Turner.

Aunque los caballos habían tenido poco tiempo para descansar y estaban sedientos y con hambre, las espuelas de los jinetes los obligaron a emprender la marcha al trote largo.

De los indios no vieron ni rastro.

Un silencio solemne reinaba en la pradera, sumida en tinieblas.

Los bisontes estaban ya lejos, y los coyotes parecía que no existían.

—¡Mala señal!— dijo John, que, como más práctico en el terreno, guiaba a sus compañeros con gran prudencia—. Si los coyotes han huido, es porque presienten un gran peligro. Esperemos al alba.

Dos horas hacía que galopaban, y hacía ya tiempo que había pasado la media noche, cuando John volvió hacia Turner diciéndole:

—¿No percibís un olor particular?

—Sí, como de humo. Por cierto que no es ahora cuando lo he notado. Algo arde a lo lejos.

—La pradera.

—Lo creo.

—¡Mal negociol!

—¡Bah! Sigamos, John, y después de recoger a vuestro inglés tratemos de llegar hasta el general Custer.

Concedieron, sin embargo, a los caballos algún reposo, y en seguida se aventuraron por un parterre de fangosas aguas, ya completamente apuradas por los bisontes, siguieron siempre al trote corto y no

— 33 —

—Pues mandad a vuestros almirantes que os envíen algunos acorazados a estas praderas— dijo irónicamente Turner—. Será un espectáculo de mucha atracción para los indios.

—¡Usted callar, porque yo no conocerle! ¡Yo ser un lord inglés!

—Y yo un magistrado de mi país.

El inglés hizo un movimiento de desden.

—La justicia americana proteger siempre a los pillos!— añadió luego.

—Os engañáis, millord. Yo, por mi parte, he matado a mucha gente mala.

—¡Ah! Eso no me interesa!

—Millord— dijo, por último, John—, ya podéis hacer uso de vuestra carabina, porque os la devuelvo; pero os advierto, ya que me habéis escogido por vuestro guía, que la pradera está ardiendo, y que la tribu poderosa de los *síoux* se ha levantado en armas contra los blancos. Si queréis unir vuestra carabina a las nuestras para la defensa común, hacédlo; si preferís matar bisontes, quedaos; pero de ninguna manera contéis con nuestro auxilio, porque nosotros huimos hacia la frontera del Nebraska.

El inglés le escuchó atentamente, y cuando acabó de hablar rompió a reír ruidosamente.

—¡Retirame de vuestros indios, del fuego y de vosotros! ¡Yo querer matar bisontes!

—¡John— dijo Harris en voz baja—, es mejor no hacer caso de este mulo europeo! ¡Estamos perdiendo el tiempo!

—Eso creo— contestó el *Indian-agent*—. ¡Que el diablo se le lleve!

— 37 —

—Y si nos dirigiéramos al Sur?— preguntó Jorge.

—No creo tan estúpidos a los *síoux* que nos hayan dejado expedita esa vía, que conduce a países habitados por nuestra raza. No; mejor es que crucemos el Laramie y escalemos aquellas montañas. Esos animales han comprendido que la pradera arde por el Este, y se apresuran a tomar otro camino. Acercuémonos lo posible a ellos y sigámoslos. Después de todo, junto a los bisontes estaremos más seguros contra cualquier imprevisto ataque de los indios. Este bastión viviente nos servirá a maravilla.

—¡Al galopel!



6.

— 40 —

discordias para unirse contra el enemigo común: el hombre blanco.

—¿No os parece sospechosa la excitación de esos animales?—preguntó John a Turner, señalando a los bisontes.

—Más de lo que puede usted figurarse. Estoy seguro de que ventan a los indios, y aun algo peor.

—¿El olor del humo?

—Sí, John.

—Pero ¿por dónde arde la pradera?—preguntó Harris.

—Por ninguna parte se ven señales de fuego. No tardarán en aparecer—respondió Turner.

—Esperad que el viento cambie de Poniente a Norte y veréis cómo corre el fuego. Por fortuna, están ahí los bisontes y nos salvarán con su masa. Pero ¿dónde está vuestro inglés?

—Iba John a contestar, cuando Jorge, levantando un brazo hacia el Sur, dijo:

—¡Apuesto cualquier cosa a que es aquí, allí, a la vanguardia de los bisontes!

—¡Ese loco es capaz de boxear con ellos!—dijo Harris riendo.

—Así le curarán el *spleen* de una cornada—contestó John.

—¿Véis aquella mancha que se destaca sobre el verde de la pradera?

—Sí.

—Pues no puede ser más que un caballo.

—También lo creo yo. Vamos a ver si está solo o si lleva al jinete en la silla.

—Fueron en dirección de aquel punto negro, que se movía con extrema rapidez hacia el flanco septentrional de la manada de bisontes, a quienes esto no

— 35 —

dejando un instante de sondear el horizonte con sus miradas.

Eran las tres de la mañana, y el cielo comenzaba a aclararse por Levante.

Dibujábase lejana una pequeña mancha de tono azul pálido que iba alargándose hacia la tierra.

Parecía una herida que fuera abriéndose lentamente.

Las tinieblas que ennegrecían la pradera blanqueaban poco a poco, adquiriendo después tintas violáceas y luego azules, que se desvanecían en inmaculados resplandores por la parte donde el sol iba a aparecer.

Las altas ramas de los asfodelos, con sus punzantes espinas, emergían pausadamente de las sombras. Entre la hierba luchaban tenazmente las tinieblas con la luz que llegaba desde todos los puntos del cielo, alejando a sus enemigas, que huían en silencio.

A poco brilló el sol; una onda de luz dorada y fosforescente abrigó todos los confines de la pradera, venciendo las postreras resistencias de la obscuridad y aumentando con sus besos la fragancia de la salvia y de la artemisa.

—¡Los bisontes!—exclamó John.

En efecto; la inmensa horda desfilaba a unos dos kilómetros, dirigiéndose hacia Levante.

Seguía el mismo camino que los cazadores, los cuales, como sabemos, buscaban la ribera del Horse, en que acampaba la columna del general Custer, compuesta de ochocientos hombres y encargada de vigilar todo movimiento sospechoso de los *síoux* y de sus aliados, porque en aquella segunda insurrección los indios habían depuesto sus eternas

— 34 —

Tomó la carabina del inglés, un arma magnífica, la descargó por precaución y se la entregó al obstinado británico, que apenas la tuvo en las manos, respondió con un gruñido y se alejó al galope en busca de la vanguardia de los bisontes.

—¡Milord, buena suerte, y guardad vuestra cabeza!—le gritó John.

—Ese hombre no es un excéntrico; es un verdadero loco—dijo Turner.—Dejémosle que haga lo que guste, y en cuanto a nosotros, procuraremos que nuestros caballos resistan todavía. Si no interponemos un río entre nosotros y el fuego, que no tardará en avanzar por el Sur, no saldremos vivos de esta condenada pradera.

—¡Adelante!—ordenó John.

Los cuatro caballos, que, aunque bastante cansados, parecían desesosos de partir, echaron a andar con bastante rapidez con dirección a Levante, para ganar lo antes posible la orilla del Chugwater, que pasa formando la cadena de montañas del Laramie, y en cuyas aguas desemboca el Horse. Apenas habían recorrido media milla cuando oyeron resonar en la pradera dos detonaciones.

El inglés había comenzado a disparar contra los bisontes, sin preocuparse del gravísimo peligro que la amenazaba, y que podía sorprenderle de un momento a otro.

¡Bah! El no se preocupaba más que de su *spleen*, que creía curarse, no sabemos por qué extraña razón, con una emocionante caza de bisontes de la pradera americana.

—De seguro, ha matado dos machos hermosísimos—dijo Harris riendo.

— 38 —

—O a estas horas le han entrado ya en el cuerpo dos metros de cuerno y le han curado el *spleen*—añadió John.—¡Descansen en paz!

Signieron a toda prisa su camino, sin que hasta mediodía hubiera ocurrido nada extraordinario.

Esto les hizo creer que antes de la puesta del sol podrían llegar al río que debía protegerlos contra el fuego que desde lejos los amenazaba; pero de pronto John detuvo bruscamente su caballo, profiriendo una maldición.

—¿Qué pasa—preguntó Turner—, para que así os encolericéis?

—¡Que tenemos cortada la huida hacia el río!—contestó el *indian-agent* rechinando los dientes.

—¡Diablo, es verdad! ¡Aquello es humo!

—¡Sí—añadió Harris—la pradera arde bien!

Todos se pararon, dirigiendo sus ansiosas miradas hacia Levante.

Nubes grisáceas, que el viento iba poco a poco extendiendo, se elevaban al cielo, formando como un inmenso parasol. Ya no era posible la duda: aquello era humo.

—¡Malditos!—decía John exasperado.—¡Han adivinado nuestro proyecto, y han colocado entre nosotros y el río una infranqueable barrera de fuego!

—Así es—contestó sencillamente Turner.

—Y no podemos atravesarla, a menos que pusiéramos alas a nuestros caballos.

—Lo que no es posible, amigo John.

—Sólo nos resta buscar un refugio en el Laramie—opinó Harris.

—Si tuviéramos tiempo—replicó Turner.

— 39 —



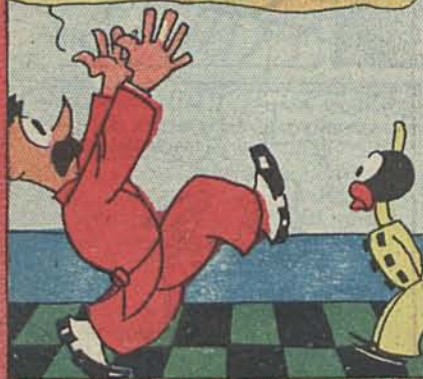
DON KATITE



DE COMO PASAN EL RATO

CURRINCHE Y D. TURULATO

SIN UNA PERRA EN EL BOLSILLO Y CON UN NEGRO A MI LADO QUE ESTÁ TODO EL DÍA PIDIÉNDOME COSAS. ¡LUEGO DICEN DE LA DESESPERACIÓN DE ESPRONCADA



TODO EL DÍA OYENDO LO MISMO: "YA PODÍA COMPRARME UN MICO" "YA PODÍA COMPRARME TORRAOS" "YA PODÍA COMPRARME UN PIRULI" "YO VOY A REVENTAR COMO UN ZEPELIN!"



PUES COMO QUIERES QUE ME PONGA, SI LOS CATORCE REALES QUE TENIA ME LOS HAS HECHO GASTAR EN CHUCHERIAS. ¡A MI ME VA A DAR ALGO! ¡YO NO PUEDE MÁS!



¡CORRE, CURRINCHE! ¡QUE LLAMAN AL TELÉFONO!



¿PERO ES POSIBLE? ¡QUÉ ALEGRIA ME DA USTED DON EPICETO! ¡AHORA MISMO SALIMOS CURRINCHE Y YO CON RUMBO A SU CASA! ¡ESTOY QUE REVIENTO DE GOZO!



QUE YA SOMOS GRANDES, CURRINCHE. DON EPICETO SE HA ENCONTRADO UNA PERRA GORDA Y NOS INVITA A QUE PASEMOS LA TARDE CON ÉL.



¡QUE TARDE SE NOS ESPERA, MORENO! IMAGINATE LA DE COSAS QUE SE PUEDEN COMPRAR CON UNA PERRA GORDA. A UN SERVIDOR LE DIERON UNA VEZ SESENTA BARQUILLOS POR DIECITO



ESTARÁ PREPARÁNDONOS EL BANYO. ¡QUETE! ¡COMO SI LO VIERA!



¡HOLA, MIS CACHUPINESCOS AMIGOS! ¿QUÉ OS PARECE LA PERRA GORDA QUE ME HE ENCONTRADO?



LA TORMENTA Y EL CICLÓN O HAZAÑAS DE TÍN Y TÓN



CUENTO DE CALLEJA

TRES COSAS RARAS



Un hambre terrible azotaba un reino, y era tal la miseria en todo el país que el Rey ofreció la mano de su hija a aquel de sus súbditos que descubriera el remedio contra aquella plaga.

Un hada que había sido madrina de la hija del Rey se presentó una tarde en palacio, y acercándose al soberano le dijo:

—Para remediar los males de tu nación es preciso que se encuentre el árbol sin sombra, la fuente sin agua y el fuego sin llama. Con estas tres cosas el hambre desaparecerá como por encanto, y tus súbditos serán felices.

—Pero ¿dónde están esas tres cosas prodigiosas?

—Muy lejos están y muy difícil es conseguirlas; mas la recompensa es tan grande, que no faltará quien intente la aventura.

El Rey mandó anunciar en todos los confines de su reino que haría Príncipe a quien le presentase las tres cosas que el hada le indicara, y muchos se pusieron en camino sin saber adónde.

Un matrimonio anciano que tenía tres hijos, al enterarse del pregón, les dijo:

—He aquí una ocasión como no volveréis a encontrar otra en la vida. Poneos en marcha, y a buscar esas tres cosas.

El hijo mayor, llamado Juan, era muy presuntuoso, y dijo al momento:

—Pronto seré Príncipe.

El hijo segundo, por nombre Joaquín, tenía también esperanzas de lograr fortuna.

Sólo el menor, Bernardito, no tenía pretensiones de ninguna especie, y dijo a sus padres que le parecía inútil buscar tres cosas imposibles; mas era tan obediente, que se puso en camino igual que sus hermanos.

Temiendo éstos que Bernardito se les anticipara, apenas llegaron al inmediato bosque le amarraron a un árbol, y allí le dejaron, expuesto a que le devorasen las fieras.

Juan y Joaquín se marcharon juntos, sin volverse a acordar de su desdichado hermano.

A los gritos de éste acudió una viejecilla que apenas

podía andar, y que, acercándose a Bernardito, le preguntó quién le había puesto en semejante situación. El joven, no queriendo que recayera sobre sus hermanos la negra mancha de su criminal conducta, dijo que unos malhechores le habían sorprendido y amarrado de aquella manera.

La viejecilla entonces le dijo en tono cariñoso:

—Lo que acabas de hacer es propio de un alma generosa, y en recompensa voy a decirte dónde están las tres cosas que pide el Rey.

Y después de desatarse trazó con su muleta un círculo en la arena, metiéndose dentro la vieja y Bernardito, y después de hacer ella unos signos misteriosos, vieron venir por los aires una nube de fuego que descendió hasta el círculo y abriéndose dejó ver en su centro un genio que preguntó:

—¿Qué me quieres, hermana?

—Que digas dónde se encuentran las tres cosas que el Rey necesita—contestó la vieja.

—Toma esta aguja, pónstela en la mano, y marcha siempre hacia donde señale.

Y al decir esto desapareció.

Despidióse Bernardito de la anciana con mucho cariño, y poniéndose la aguja en la palma de la mano, vió con sorpresa que ésta se movía, señalando a un punto del horizonte. Siguió la dirección que le indicara, y la clavó, para que no se le perdiera, en la solapa de la americana.

A los dos días de caminar encontró un hombre sentado en el suelo, y que con la mano en el oído, a guisa de trompetilla,

parecía oír algo con muchísima atención.

—¿Qué hace usted aquí, buen hombre?—preguntó Bernardito.

—Estoy oyendo cantar un grillo que estará a cien leguas de aquí—repuso el interpelado.

—Buen oído tiene usted; si quiere venir conmigo, comerá lo que yo y le daré lo que pueda.

—Andando—exclamó el buen hombre.

Más adelante encontró otro individuo que daba vueltas alrededor de un árbol. Asombrado Bernardito, le preguntó para qué daba aquellas carreras, y él contestó que para no





perder la agilidad, pues corría cuatro veces más que el viento.

También se incorporó al joven, y los tres marcharon alegremente.

Más adelante vieron que un hombre, a la orilla de un río, se puso a beber agua con tal ansia, que lo dejó seco, sin saberse dónde podría haberle tanto líquido.

—¿Qué hace usted, buen hombre?—preguntó Bernardito.

—Tratando de refrescarme un poco, porque me he comido mil quintales de bacalao y ya he dejado secos tres ríos sin lograr que se apacigüe mi sed.

—También me conviene—exclamó el muchacho.

Y los cuatro siguieron caminando.

A los pocos días la aguja empezó a dar vueltas en la mano del joven, y éste juzgó que habían llegado donde estaban las cosas que buscaban.

En efecto; al otro lado de un río caudaloso se veía un hermoso jardín, el cual señalaba la aguja con persistencia. El hombre de la sed se bebió el río de un sorbo, y pasaron al otro lado a pie enjuto. El que corría cuatro veces más que el viento dió en un minuto la vuelta a todo el jardín, y les dijo dónde estaba el árbol sin sombra, la fuente sin agua y la lumbrera sin llama.

El árbol era pequeño, y no daba sombra porque todo él despedía una viva luz. La fuente sin agua manaba plata líquida de un modo continuo y en variados y muy bellos surtidores. La lumbrera sin llama la formaban unas barritas de cierto metal desconocido que alumbraba sin quemar.

Cogieron las tres cosas y se pusieron en camino, llegando en pocos días a la capital del imperio; allí se encontraron con que los hermanos de Bernardito habían presentado otras tres cosas iguales y se disputaban el premio, porque no había más que una Princesa y eran dos los aspirantes a su mano.

En aquel apuro ya pensaba renunciar al premio, cuando el del oído fino le dijo:

—Espera, que estoy oyendo a tus hermanos hablar. Duda uno de ellos que lo que han traído es un engaño, obra de un mago llamado Capisayo, y que si el otro no le cede el derecho a la mano de la Princesa, dirá que para convencerse de que lo que traen no vale nada, no tienen más que

plantar el árbol, y se verá que no crece; hacer que la fuente corra un día y una noche, y se parará al día siguiente, y el fuego sin llama que es un fuego que no da calor.

—¿Y qué contesta mi otro hermano?—preguntó Bernardo.

—Que si aquél dice esto, él dirá que el otro asesinó a su hermano menor en el bosque para impedir que les ganara la empresa.

—Bueno—dijo Bernardo—; gracias a tu oído de cien leguas

de alcance sabemos lo que necesitamos.

Al día siguiente se presentó en palacio, y como dijera que traía lo que el Emperador necesitaba, todos le dijeron que llegaba tarde, y que otros más listos que él le habían tomado la delantera.

—Eso si que no puede ser—exclamó Bernardo—, porque yo he corrido cuatro veces más que el viento, he bebido más que la arena y he oído crecer la hierba.

Al oír esto se rieron todos; pero él dijo que podía probarlo.

—Lo que ellos traen es falso. Que planten el árbol, que corra la fuente y que enciendan el fuego, y ya verá vuestra majestad lo que sucede.

Así se acordó, y Bernardo plantó el suyo y empezó a crecer a ojos vistas, y de sus ramas comenzaron a caer panecillos con tal abundancia, que se acabó el hambre en el país. El de sus hermanos se secó en el acto. La fuente manaba plata líquida, en tales términos, que no hubo ningún pobre en el reino; y el fuego sin llama calentó toda la capital.

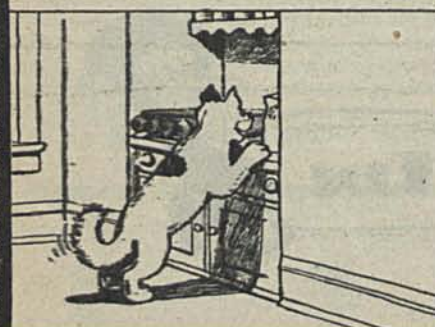
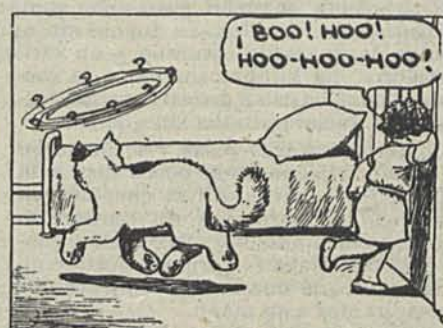
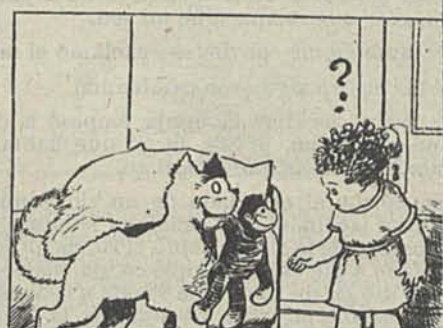
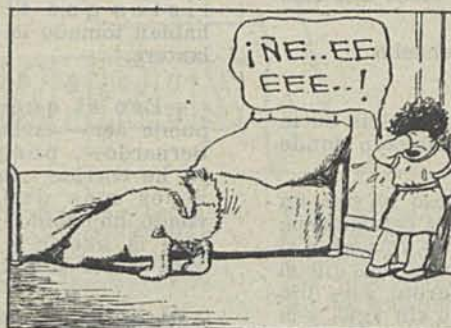
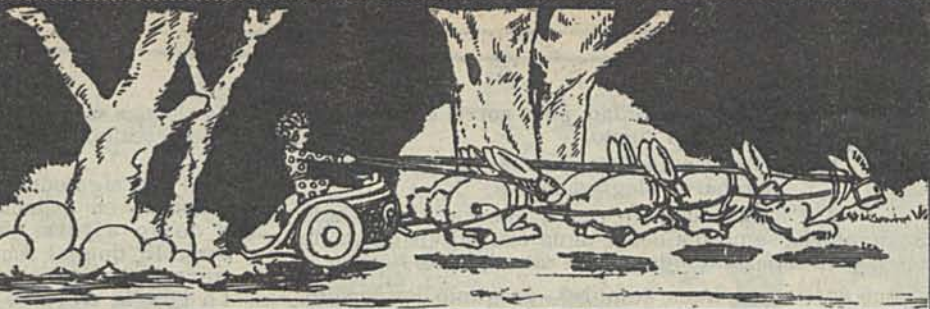
Avergonzados sus hermanos, iban a marcharse, cuando el Rey los mandó prender por embusteros.

Entonces se quitó la barba Bernardo, y haciéndose reconocer de sus hermanos, los perdonó y pidió al Rey que también los perdonase.

Así lo hizo, y mandando a Corre-más-que-el viento que trajera a cuestras a los padres de Bernardito, les proporcionó la inmensa satisfacción de que le vieran hecho Príncipe heredero.



ANITA Y SU GURAZON



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Una calle de Sevilla
María Sesma



Busto.—José Luis C.



El general Prim
Antonio González



Cinta Zeni
Idem de idem



Niño
J. Ruiz Lillo



Retrato
Elena Ferrer



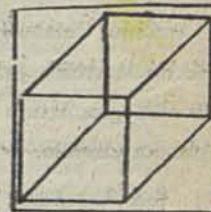
Carlos IV
Un desconocido



Pajaritas.—Antonio Palma



Burro
Cristina Pérez



Dibujo geométrico
José M.ª Paul



Carro.—Joaquín Rodríguez



Mi prima
Pilar Prósper



Estrella
Matilde Rubio



Un cazador
Jesús Díaz



Pinoche
Joaquín Ramírez



Mi pato
Josefina Romero



Mi caballo
Paquita Bujanda



Mis hermanitos. Carmen Romero



Policía Gerardo Bujanda



Pinoche
Enrique García



Don Turulato
Adriana Pontigui



Pollo fruta
B. Araceli Gondo



Liebre.—Carlos Yubere



Mal genio
Ricardo Fortinet



Anita
Gloria García



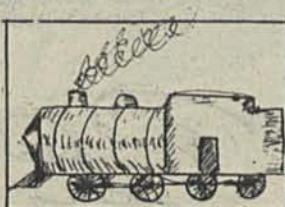
Colorín
M. Arias



Molino de viento
Juan E. García



Una amiguita
Amparo S. Miguel



José M.ª Ortega
Maquina de tren



Tin. Vicente Zalve



El abuelo
de Chocollín
L. Vellín



Golfillo
holandés
E. Fernández



Currinche
J. de Dios Salas



La señora de Cerdo
Luis Véjex

Concurso de problemas y pasatiempos :: del mes de Junio

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

Primer premio.—Andrés Paniagua.

Segundo premio.—Luisito Matienzo.

Tercer premio.—Encarnación López Mir.

Cuarto premio.—Aurelio Llamas.

Quinto premio.—Luis Anglada.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Antonio Calabuig, Lourdes Bellver, Rosendo Peribáñez, Héctor Martínez, Juanito de la Serna, Lourdes Belver, Pepito Montenegro, Arturo Barrios, Amparo S. Miguel, Lucía Pérez y Amador Castillo.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

Premios a la colaboración pinochista :: del mes de Junio

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

Primer premio.—Roberto Serra.

Segundo premio.—Luis Estrada.

Tercer premio.—Teodoro G. de Zárate.

Cuarto premio.—Estanislao Rolandi.

Quinto premio.—Luis Levenfeld.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Vicente Yáñez, J. Rocés Bunenes, Pedro Areitio, Paco Pino, Pilarín Prósper, María Sesma, Angel Zudaire, Fernando Andrés, Angelita Lizarriturry, M. Roncal, Luis Thomé, Pepito Agustín, Pedro Rico, M. Sevillano, Santiago Virallé, César Campuzano, Evangelina Melet, Angeles M. Caro, Josefina Llerandi, José Manuel Gil, René Somodevilla, Angel de S. Segundo, Margarita Villalonga, Conchita López y Enrique García.



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



CATALINA HERNANZ.—Tu delicioso dibujo, que tan admirablemente interpreta una deliciosa escena, entra en turno para su publicación. Mándame más cosas porque trabajas maravillosamente bien. Abrazos.

VICENTE ZALVE.—Tus admirables trabajos están ya en mi poder y se publicarán. ¿Has visto que repopularísimo soy? Ha bastado que en Correos viesen mis magníficas narices en el sobre de tu carta para que haya venido a mí como una flecha. Tu retrato también ha llegado y también se publicará. Tuyo siempre.

ALBERTO Y ENRIQUE CARAZO.—Vuestra fotografía y vuestros soberbios dibujos están ya aquí, y en cuanto les llegue su turno irán a las columnas de mi revista. Dibujálos como los propios ángeles y yo espero más trabajos vuestros. Muchos abrazos.

ANGEL PRIETO.—Ante todo muchísimas gracias por tu cariñoso saludo que toda esta familia te devuelve con todo afecto. No solamente el toro sino todos, todos tus dibujos me encantan. No dejes ese lápiz ni un momento. Apretados abrazos.

FELIPE DE PEDRO.—Tu magnífico futbolista irá a las columnas de mi revista a su debido tiempo. Te felicito por lo admirablemente bien que manejas el lápiz. Tuyo incondicional.

EMILIO ARIJA.—He descubierto en tus geniales obras la mano de un expertísimo artista. ¡A dibujar, a dibujar y a dibujar! Y a mandarme todo lo que hagas. Abrazos.

JOSÉ DÍAZ REGUILÓN.—Hay en tus dibujos una marcadísima personalidad y un gran sabor de arte. Todos me gustan y todos se publicarán, pero

sobre todo el «Castillo de Butrón» está admirablemente interpretado. Te lo digo con una seriedad dantesca. Mándame más cosas y recibe muchos abrazos.

ISABEL NAVARRO.—Me ha hecho muchísima gracia ver al simpático pavito que me mandas, tan solito, tan tristemente solito. ¿Dónde está? ¿En el campo? ¿En el corral? ¿En su casita? De todas formas esté donde esté, tiene un no sé qué muy gracioso. Se publicará ¡claro está! Abrazos de tu gran amigo.

OLGA BRIZ.—Ahí va un caluroso aplauso a tus trabajos que merecen los más entusiastas elogios. ¿Me mandarás más cositas para publicarlas también? Tuyo de corazón.

JULIO GUTIÉRREZ.—Recibidos tus pasatiempos y tus dibujos. Estos, magníficos, van a su turno y aquellos, al fallo. No dejes de enviarme más cositas porque trabajas muy bien. Apretados abrazos.

FEDERICO NAVARRO.—Me han gustado muchísimo tus dos trabajos a pluma y espero más cosas. Muchos y apretados abrazos de tu gran amigo.

Pinocho



Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

LA PULGUITA CHINA (FIN)

Como os decía hace ocho días, aquella noche (no la noche del domingo pasado, se entiende, sino la del cuento) Li-Pulguita-

Tchang se levantó sigilosamente, se fué de puntillas hasta el armario en que estaba la preciosa caja de laca del doctor Go-ril-Ho-Fé-o, la alcanzó, la abrió y, metiendo las manos dentro, empezó a comer a puñados los deliciosos polvos blancos.

Con tal ahínco los engullía, que apenas tenía lugar de saborearlos debidamente. Cuando ya no quedó ni pizca ocurrió un fenómeno sorprendente.

Bueno, ocurrieron dos fenómenos; el primero, es que la caja se quedó vacía, pero este fenómeno tenía poco de sorprendente; el segundo, fué que Li-Pulguita-Tchang sintió una sensación muy desagradable en todo el cuerpo.

¿Tendría una indigestión? No, no le dolía el estómago, ni la tripa; era como un hormigueo muy raro...

En aquel momento, levantó los ojos por casualidad hacia un espejo y se miró; es decir, quiso mirarse pero no vió nada. Al fin, vislumbró en su lugar un puntito negro, casi microscópico.

Y comprendió toda la horrible verdad de su aventura: Li-Pulguita-Tchang se había convertido en pulga.

Sintió tal espanto que, de haber conservado su trenza se le hubiera puesto de punta, seguramente; pero las pulgas no tienen trenza, ni aun en la China.

Además, no tuvo ni tiempo de reflexionar sobre su nueva situación; una fuerza invencible la levantó en vilo; quiso dar un paso y no pudo: lo que hizo fué pegar un salto formidable y salir disparada por la ventana.

Cuando se detuvo, miró en torno suyo y quedó estupefacta: se hallaba en un campo inmenso (en realidad, no tendría más de setenta y cinco centímetros en cuadro, pero como Li-Pulguita-Tchang lo veía con ojos de pulga y con relación a su propio tamaño, le parecía inmenso) alrededor del cual había una asamblea imponente de pulgas espectadoras.

En medio, en lo que parecía una pista, había numerosos aparatos de gimnasia perfeccionados, como trampolines, trapecios, etc..., con los cuales otras pulgas elegantemente vestidas con trajes deportivos hacían cuádruples saltos mortales a granel, saludadas por las aclamaciones entusiastas de la asamblea.

(Ni que decir tiene que, siendo chinas, todas aquellas pulgas eran completamente amarillas; eran algo así como pulgas de las nuestras, que tuviesen ictericia o se hubieran frotado con azafrán).

La aparición de Li-Pulguita-Tchang causó cierto revuelo en aquel campo de deportes pulguero, pues su rostro era desconocido y su nombre no figuraba en la lista de los concursantes.

Sin embargo, como había caído en plena pista se apoderaron de ella y, sin hacer caso de sus protestas, le administraron un buen masaje para darle flexibilidad en las patas y le colgaron en la espalda un letrero con un número enorme, de cerca de un milímetro.

Cuando le llegó la vez de dar saltos, Li-Pulguita-Tchang se echó a temblar. Ciertamente que, siendo niña, ella tenía fama de ser una saltarina agilísima, demasiado ágil; pero ahora se daba cuenta de que una cosa es ser una simple niña y otra mucho más difícil ser toda una pulga.

Reunió todas sus fuerzas en un salto desesperado, pero ¡ay! una tempestad de silbidos, un pateo formidable acogieron su intento miserable.

En vista de ello, las dos pulgas que le habían colgado el cartelito volvieron a apoderarse de ella y la condujeron ante la presidenta, una señora pulga imponente que vestía traje de tenis. Esta dama blandió un bastoncito de oro que llevaba en la pata como insignia de su categoría y preguntó a la asamblea pulguina:

—¿Qué castigo merece esta pulga indigna de serlo, pues salta tan mal como una persona?

La respuesta fué unánime:

—¡La muerte!

¡Pobre Li-Pulguita-Tchang! En su tiempo de chinita, la regañaban porque saltaba demasiado, porque parecía una pulga, y ahora, ya pulga, la condenaban a muerte porque no saltaba bastante.

Sintió que una fuerza invencible la levantaba en vilo; cerró los ojos y... se despertó en su cama; a su lado, estaba la mamá mandarina ofreciéndole, en cucharilla de marfil, una pizca de polvos blancos.

Li-Pulguita-Tchang los saboreó y se guardó muy mucho de pedir el menor suplemento.

A nadie dijo una palabra de la fantástica aventura que le había sucedido, o que había soñado que le sucedía (ni ella misma lo supo nunca a ciencia cierta) pero desde aquel día se la vió mucho más apacible y tranquila.

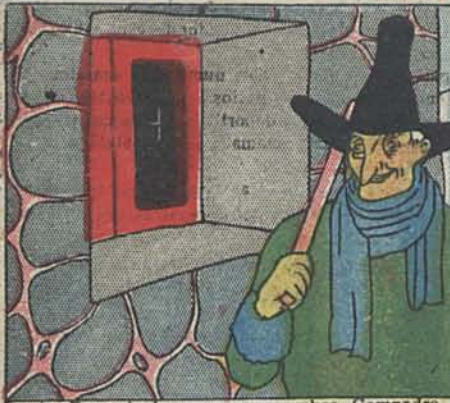
Hasta creo que no volvió a dar un solo salto, ni aun de alegría el día que papá mandarin la llevó al circo, ni aun de sorpresa cuando en el circo vió ciertas pulgas amaestradas que se parecían a las malas pulgas que tuvo una noche por compañeras.

Sus papás, encantados, atribuyeron naturalmente su transformación a la receta del sabio doctor Go-ril-Ho-Fé-o. Pero nosotros estamos en el secreto y sabemos que lo que le ocurría a Li-Pulguita-Tchang (que, por supuesto, recuperó su armonioso nombre de Ling-Lung-Lang) era el miedo a saltar demasiado bien y a quedar convertida en pulga para toda su vida.





CAPERUCITA EN CARNADA



1.—Después de comer a sus anchas, Compadre Lobo, tendido en la cama de la abuelita, se quedó dormido. Tales ronquidos daba que, al pasar por la calle, un leñador se quedó parado.
—No parecen de un ser humano—pensó.
Iba a seguir su camino pero como el roncar redoblaba y se hacía imponente se acercó a la puerta y llamó. ¡Que si quieres! El lobo se había atracado de firme y no había quien le despertara.



2.—Tiró del cordellito el leñador, levantó el picaporte y entró. ¡No fue flojo el susto que se llevó al ver a Compadre Lobo tendido en la cama y roncando a plena suelta! Ya empuñaba el hacha para matarle, cuando de la boca del lobo salió una voz muy fina, entre ronquido y ronquido; la voz de Caperucita que gritaba:
—¡Cuidado, que estamos aquí!



3.—No supo al pronto el leñador de dónde salían aquellas palabras pero, por fin, cayó en la cuenta.
—¡Sáquenlos de aquí!—volvieron a gritar.
Vió el leñador sobre la cómoda unas grandes tijeras y armándose con ellas abrió la barriga al lobo que ni siquiera se despertó.



4.—Lo hizo con tal cuidado que ningún mal sufrieron la abuela y la nieta. Para que no echara de menos lo que se tragó pensaron que lo mejor sería rellenarle la barriga con piedras y así lo hicieron. Después con una aguja de colchonero y un fuerte cordel cosieron la abertura y le dejaron dormir a gusto.



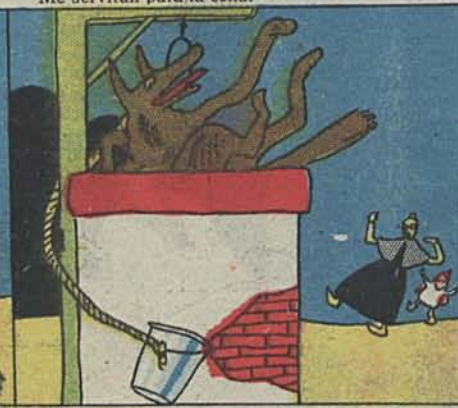
5.—Como las piedras no suelen tener mucha substancia pronto el lobo empezó a sentir una sed horrible y a poco se despertó. Cuál no se sería su sorpresa al ver a Caperucita y a su abuela sentadas tranquilamente haciendo labor.
Creyendo que soñaba, Compadre Lobo se restregó los ojos y pensó:
—¿No son éstas las que antes me comí? ¡Mejor! Me servirán para la cena.



6.—Muy bien—dijo la abuela—estamos dispuestas a servirle.
—Traedme antes un cubo de agua, que me muero de sed—mandó el lobo.
—El caso es que no hay cubo—apuntó Caperucita.
—Pero no hace falta—indicó la abuela—tan lleno está el pozo que el agua llega hasta el brocal.



7.—¡Vaya una casa que no tiene ni un cubo!—refunfuñó Compadre Lobo. Y ya que no había más remedio, hacia el pozo se fue con paso no muy seguro. Llegó Compadre Lobo al pozo, se inclinó sobre el brocal, y antes que el leñador le descargase un hachazo, dió un voltereta y cayó dentro del pozo.



8.—Tal era el peso de las piedras que le habían metido en la barriga que a pesar de sus esfuerzos y de que sabía nadar, allí se ahogó en menos de un minuto. Así acabó Compadre Lobo, picaro redomado entre los de su estirpe,



9.—Abrazáronse Caperucita y su abuela, dieron las gracias al leñador, y la anciana despidiendo a la niña a quien ya aguardarían impacientes sus padres, le dijo:
—¡Adiós, Caperucita! Nada malo nos ha ocurrido, por fortuna. Pero ten presente que no hay que pararse nunca a hablar con el lobo...
Y colorín, colorao...